



Rodríguez Peinado, Laura y García García, Francisco de Asís (ed.). *Arte y producción textil en el Mediterráneo medieval*. Madrid, Ediciones Polifemo, 2019.

Verónica Carla Abenza Soria

El libro editado por Laura Rodríguez Peinado y Francisco de Asís García García, es fruto de las contribuciones presentadas en el Congreso Internacional homónimo, celebrado en el Museo del Traje-CIPE de Madrid entre el 25 y el 27 de septiembre de 2018. Con ello, los editores, con una dilatada y fructífera experiencia en el estudio de los textiles, dan voz en este trabajo colectivo interdisciplinar a veintiséis profesionales. Todos ellos se asocian a varias disciplinas relacionadas con los tejidos, entre los cuales, historiadores, historiadores del arte, arqueólogos, químicos, conservadores y restauradores procedentes tanto del mundo universitario como de diversos museos e instituciones destinadas a la salvaguarda del patrimonio artístico internacional. Los resultados de dicha reunión científica beben en buena medida de la investigación llevada a cabo en el marco del Proyecto I+D+i titulado “Las manufacturas textiles andaluzas: caracterización y estudio interdisciplinar” (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, HAR2014-54918-P, 2015-2018), dirigido por Rodríguez Peinado. Aunque se sigue la orientación general del proyecto, centrada en la contextualización y valoración artística de la producción textil andalusí, el libro cumple este ya de por sí ambicioso propósito y lo trasciende, superando con mucho la frontera peninsular y constituyendo, con ello, un punto y seguido para una mejor difusión y catalogación del rico patrimonio textil medieval.

El Mediterráneo es el hilo con que el libro construye un relato de amplio espectro, encuadrado entre los siglos VIII y XIX, sobre la creación, circulación, uso y coleccionismo de manufacturas textiles. El llamado *marenostrium*, tanto como las tierras y regiones que lo circundaban en los siglos medievales, definen el contexto que enmarca los casos analizados en profundidad por los distintos autores, con ejemplos relativamente bien estudiados como los tejidos de la Colegiata de San Isidoro de León o la Ex Catedral de Roda de Isábena para los que se aportan novedosas interpretaciones, y otros más desconocidos como la industria textil portuguesa. Las dos orillas más alejadas de este mar, en Bizancio y la Península Ibérica, conectaron dos de los centros de producción más relevantes del momento y se convirtieron, tanto como Italia o los Países Bajos, en un escenario privilegiado desde dónde se comercializaron hacia los más variados rincones de la cuenca mediterránea productos todavía mucho más lejanos, con origen en los continentes asiático y africano. Por ello, es muy sugestivo que los autores hayan elegido el Mediterráneo como eje para vertebrar un libro bien estructurado.

Los tejidos medievales conforman un ámbito de estudio dónde factores inherentes a la sociedad medieval como la transculturización y el intercambio artístico se hacen, incluso para los no iniciados en la materia, enseguida evidentes. Sin

embargo, lejos de optar por una organización temática de los capítulos más tradicional en función de una clasificación geográfica o de un progresivo desarrollo cronológico, la estructura se adecúa al objetivo de mayor alcance que persiguen sus editores: el de ofrecer un conocimiento, ampliamente ilustrado, sobre todos los asuntos que competen a la producción textil del período. Se abordan, por tanto, aspectos que abarcan desde el comercio de obras y materias primas, a la materialidad de los tejidos, la tecnología de fabricación o los códigos simbólicos y decorativos de los textiles. Simultáneamente, a lo largo del libro se impone como una constante la intención de dar a conocer un vasto corpus que, sólo ocasionalmente, había recibido una atención tan sistemática y exhaustiva. Por otro lado, acorde al renovado interés que han suscitado los tejidos desde las últimas tres décadas y la nueva metodología de estudio que se ha impuesto a raíz de ello, se incide, gracias a la investigación de laboratorio, en cuestiones científicas más concretas sobre los materiales, los colorantes y los diversos procedimientos técnicos. Tras una breve presentación por parte de los editores de la publicación, el libro se organiza en cinco bloques seguidos de un índice, y dónde cada ensayo incluye la bibliografía específica.

La primera parte, *Perspectivas mediterráneas sobre la creación textil: producción, circulación y usos*, se recrea de manera innovadora en la idea medieval más esencial sobre los tejidos, entendidos por la sociedad de la época como productos lujosos y de prestigio. Ya se tratara de sedas de China y Asia Central, tejidos persas, paños de Lucca o de Venecia, o manufacturas andalusíes, los condicionantes que lo determinaron fueron fundamentalmente dos. En primer lugar, el alto coste de su fabricación derivado de su confección en muchas ocasiones con materiales suntuosos, como la seda bordada con hilos de oro, plata o plata dorada, y de su tinte con carísimos colorantes. Y, segundo, el valor añadido ligado a su importación desde tierras foráneas. Rodríguez Peinado revela cómo, a razón de ello, ya en la Edad Media los textiles serán susceptibles de apropiación cultural, un concepto que modernamente entendemos como de raigambre colonial, y también de falsificación, sobre todo en lo que respecta a su procedencia, tal que en el caso de los llamados “baldaquies”, es decir, tejidos que se hacen pasar por obras de origen bagdadí, estudiados más adelante en detenimiento por Feliciano. Si bien ambos factores están vinculados a la circulación de los textiles, Salerno y Cundari demuestran que el comercio de estas mercaderías difícilmente debe entenderse como un circuito cerrado. Tratando algunos de los temas menos conocidos entorno a la seda calabresa, como su impacto en la decoración musivaria, las autoras descubren cómo, por ejemplo, era enviada como materia prima desde Calabria hasta Egipto y, más tarde, los productos terminados confeccionados con esa misma seda volvían a adquirirse en Italia o se exportaban hasta lugares tan remotos como Persia.

Aunque a menudo consiste ciertamente en un fenómeno de largo alcance, abundando en ese mismo marco sur-italiano, Procopio hace hincapié en otros elementos de índole social, como el surgimiento de un nuevo mercado ligado a una incipiente clientela de clase media o el enriquecimiento de mercaderes y banqueros, que propician una mayor estratificación del itinerario que siguen esas mercaderías desde Calabria, pasando por las manos de comerciantes Toscanos, Genoveses y Venecianos, hasta llegar a los usuarios finales en Francia y España. De ello resulta, como afirma Rosati, el sometimiento de los tejidos medievales a múlti-

ples inputs culturales y, como consecuencia, la creación de un lenguaje textil ampliamente compartido. Esta relativa homogeneidad, que se traduce sobre todo en lo ornamental y lo tecnológico, conlleva todavía hoy varias problemáticas relativas a la atribución de las obras, muchas veces generalizada, a los grandes centros de creación. De ahí, que la misma autora insista en la necesidad de adoptar otras perspectivas metodológicas, especialmente pertinentes en casos complejos, como el llamado pluvial de Turin, una prenda que ha sufrido numerosas alteraciones resultado de prácticas anticuarias hoy ya en desuso. De hecho, en la Edad Media, el viaje de los tejidos debe entenderse, más a allá de su comercialización, como uno de ida y vuelta. A través del estudio de una función de los tejidos poco documentada, —debido a los escasos ejemplares que han sobrevivido—, como cubierta o encuadernación de manuscritos bizantinos, Vryzidis analiza cómo el simbolismo de la púrpura bizantina redonda en la creación textil del Mediterráneo occidental. Después, varios ejemplos postbizantinos le permiten hilvanar la repercusión en sentido contrario, a través de la más que posible recepción en Bizancio de tejidos de origen italiano que servirán a la misma finalidad. Benarioua, por su parte, se adentra en la cuestión artesanal a partir de la organización de los talleres, el establecimiento de mercados locales y la transmisión intercultural de los *savoir faire*s textiles entre las distintas comunidades instaladas en los territorios efervescentes del Magreb e Ifriqiya.

El segundo gran bloque, *Consumo textil y cultura de corte en la Baja Edad Media*, profundiza especialmente en las fuentes para rescatar, a través de reglamentos, testamentos, inventarios, libros de cuentas, instrumentos notariales, crónicas y relatos de viaje, aspectos comerciales, fiscales, legislativos y estéticos que arrojan nueva luz sobre los hábitos de consumo textiles de la sociedad europea bajomedieval y cómo estos contribuyeron a una mayor jerarquización entre los distintos estratos sociales. Barrigón detecta la necesidad de revisar asiduamente no sólo los documentos, sino también las propias obras, incluso para conjuntos aparentemente bien estudiados, como el de los ajuares funerarios de Las Huelgas Reales de Burgos. Su nueva interpretación sobre prendas asociadas a los fundadores del célebre monasterio cisterciense confirma, de hecho, que esta actualización facilita una reconstrucción, cada vez más minuciosa, del contexto en que se crean, usan y redescubren esos textiles, así como la siempre complicada tarea de su musealización. En un empeño similar, el vaciado de los regalos y gastos documentados en el *Liber magne curie*, permite a Buss explicar cómo los tejidos juegan un papel decisivo en la definición del estatus de los diversos miembros de la corte de los Gonzaga, descifrando el vocabulario histórico relativo a fibras, tejidos, acabados, colorantes y técnicas de tinte y ofreciendo un breve sumario de los diferentes términos. No menos interesantes son los hallazgos de Moral y Emiliano y Nadia Fernández de Pinedo. Tomando como referencia las preferencias de algunos de los soberanos de Castilla y de Aragón entre los siglos XIV y XVI, a través de la creación de varios cuadros estadísticos para la clasificación de las fibras según tejidos, colores, medidas y valor económico, vierten importantes conclusiones sobre el predominio de la seda a partir del siglo XV, la evolución del uso del lino, restringido primero al mobiliario y después integrado, sobre todo en tiempos de Isabel I de Castilla y cada vez con mayor intensidad, en la indumentaria, o la provisión continua a familiares y servidores de la corte de la vestimenta requerida con una tendencia generalizada a incurrir en un dispendio siempre inferior.

Inaugura la tercera parte, *Claves sobre la producción textil ibérica*, el texto de Herrán dónde se evidencia, a través del vínculo ininterrumpido entre al-Ándalus y los reinos cristianos de la Península Ibérica, la idea que articula todo el bloque sobre cómo la resignificación intencionada de ciertos simbolismos se halla en la génesis de ese léxico estético más o menos común. Frente a la visión hegemónica que prioriza los extremos de choque y convivencia entre esas dos sociedades, el autor propone, a través de tejidos asociados en mayor medida a la cotidianidad y a los estamentos menos pudientes, un retrato lleno de matices dónde los préstamos transculturales propios de la Alta Edad Media se entienden como una decisión individualizada y bastante normalizada. Feliciano afronta el mismo problema desde la importancia del lenguaje en los intercambios textiles de las diversas culturas establecidas en Iberia. El amplio elenco de obras analizadas por la autora, repensadas en su mayoría como vestimentas litúrgicas o indumentarias eclesiásticas y que integraron ajuares de signo cristiano, muestra que el recurso a fórmulas pseudocúficas o la presencia en los textiles de caracteres propios del alfabeto copto deben comprenderse como un síntoma de sofisticación y desde el valor concedido a la labor artesanal y, por tanto, más allá de su apreciación desde el punto de vista ornamental. Si Sequeira pone de manifiesto algunas particularidades de la producción medieval portuguesa como la creación de tejidos que ella misma tilda, por sus características técnicas y decorativas, “con denominación de origen”, los análisis de laboratorio de Parra destacan algunos de los elementos que hermanan los tejidos hispánicos con otros focos creativos, al tiempo que señalan otros rasgos más distintivos, como el empleo de plantas foráneas como colorantes. Este desarrollo técnico experimentado de un extremo al otro del Mediterráneo se comprende mejor, además, gracias al estudio arqueológico de Retuerce sobre los útiles y aperos hallados en la ciudad de Calatrava la Vieja (Ciudad Real). Siendo propios del período de establecimiento almohade denuncian, al mismo tiempo, la clara persistencia de una tradición ya consolidada y bastante más antigua.

La cuarta parte, *La investigación de colecciones textiles*, se plantea como una aproximación a los nuevos métodos de estudio que están desarrollando los profesionales museísticos dedicados a la conservación del patrimonio textil. En su recorrido por las tempranas adquisiciones de tejidos medievales del Victoria and Albert Museum de Londres, Cabrera contrasta los criterios seguidos entonces por el museo londinense con los de instituciones afines que empiezan a conformar sus colecciones en una época coetánea. Cabe destacar, en este sentido, su reivindicación del rol de anticuarios como John Charles Robinson o sobre la labor de asesoramiento de Juan Facundo Riaño. También el énfasis en subrayar ciertas problemáticas como el uso, todavía demasiado frecuente, de terminologías desactualizadas para la catalogación de la procedencia de los textiles. Seguramente uno de los enfoques más vanguardistas es el que aplica Saladrigas con la reconstrucción virtual de fragmentos medievales dispersos. Retomando investigaciones previas sobre los tejidos coptos que atesora el Museu Nacional d'Art de Catalunya, la restitución histórico-artística de Uscatescu al contexto de creación más factible revaloriza todo el conjunto. Al investigar el rol de Mariano Fortuny como anticuario y coleccionista textil, aunque el propósito fundamental de Roca es el de reconstruir el historial de deslocalización de las piezas adquiridas para su taller, su contribución es un punto de partida excepcional para ahondar en aspectos más desconocidos tanto de la semblanza artística del pintor como del mercado anticuario del siglo XIX.

El último bloque, *Del tejido al monumento*, más sucinto, se dedica a explorar cómo la asimilación de una cultura visual compartida, en este caso desde el punto de vista formal e iconográfico, se convierte en una poderosa herramienta de expresión al servicio de promotores y receptores. Rabasco encara las consecuencias sociales y culturales del impacto de los tejidos en otro tipo de manifestaciones artísticas analizando una serie de obras de configuración sincrética. Ruiz Souza se centra, principalmente, en la arquitectura. Tratándose de un tema que ha sido objeto de una considerable atención por parte de la comunidad académica, ambas aportaciones son de una gran originalidad pues el primero remite al contexto todavía poco indagado de la Taifa de Toledo, y el segundo investiga la transformación de las lorigas de cuero en una suerte de iconograma que transmite, en un momento histórico y constructivo muy concreto, un mensaje sobre el poder esencialmente propagandístico.

En su conjunto, las distintas aportaciones del libro revelan cómo la alta estima que en la Edad Media se tenía de los tejidos tanto como obras artísticas o mercancías de lujo, condicionó la creación de extensas redes de circulación de los mismos. Ello dará lugar al surgimiento de un repertorio decorativo ambivalente que se puede rastrear hasta la característica representación de origen sasánida de animales dentro de *rotae*, la inserción en los tejidos de motivos pseudocúficos o las formas geométricas con animales afrontados típicamente bizantinas, por citar tan sólo algunos de los elementos de este sustrato común. El acento que se pone en el libro para significar la importancia de su expansión desde Oriente Próximo y Asia Central, tanto como de la diseminación de un conocimiento técnico participado por las diferentes culturas, y su réplica en al-Ándalus o la Sicilia normanda, es fundamental para entender el consiguiente desarrollo de los talleres allí establecidos y la naturaleza intercambiable de las funciones o destinos heterogéneos de los tejidos medievales. Más allá del prestigio relacionado con su posesión, uso y consumo, el valor material de los textiles motivó que fueran a menudo utilizados como medios de pago y como objeto de intercambios diplomáticos. De ahí, que el énfasis del libro por resaltar esta cuestión ofrezca nuevas perspectivas para afrontar el estudio de este tipo de interacciones sociales. El libro concede un protagonismo también significativo a la vertiente más industrial de la producción textil medieval. Se trata, además, desde diferentes puntos como la epigrafía o la decoración, evidenciando cómo el recurso a fórmulas textuales y ornamentales sencillas en algunos tejidos que funcionaron indistintamente como parte de enterramientos, tesoros eclesiásticos o ajuares cortesanos, delata que fueron ya pensados, desde su confección, para tener una finalidad comercial. También teniendo en cuenta otros factores más directamente relacionados con el sistema de producción, como la ubicación de talleres, ferias o mercados en las proximidades de cursos fluviales, zonas de pastoreo o focos urbanos ya relativamente industrializados. La atención a este asunto, una de las que normalmente más se rehúye en publicaciones de corte histórico-artístico, aboga por la continuidad y marca una de las vías a emular.

Las fuentes traídas a colación por los distintos autores ponen de manifiesto el gran desequilibrio entre lo conocido y lo conservado y, con ello, el margen y la necesidad de seguir estimulando estudios de este tipo. Sin ser el objetivo del libro, la visión global y revitalizada que resulta de los aspectos más homogéneos en los que se detienen los distintos autores, lo convierte en una suerte de manual de consulta imprescindible no sólo para investigaciones especializadas sobre tejidos medievales,

sino también para cualquier programa de estudios que aborde las artes suntuarias. Finalmente, el libro representa un salto cualitativo en el marco historiográfico internacional, tanto por su alcance crono-espacial, como por la aplicación de un punto de vista transversal que nace de la contribución y colaboración interdisciplinar, abriendo nuevas vías de investigación y reinterpretando satisfactoriamente algunos lugares comunes del estudio no sólo de la producción textil en la Edad Media, sino también de su consumo y devenir posteriores.